

## ¿Chiste sexista o sexismo en el chiste?

VIRGINIA DIAZ GORRITI  
TOMAS VOUILLOZ LARRABEITI  
UPV/EHU  
virginia.diaz@ehu.eus

**Resumen:** *El humor y sus múltiples producciones discursivas son elaborados, descodificados y entendidos a partir de un complejo sistema de representaciones sociales sobre las que operan los estereotipos, prejuicios, discriminación de género, raza, religión, origen etc. En esas (re-)producciones se inveteran mediante los consensuados discursos valores y creencias colectivas. Encontramos que en la vida cotidiana, apelando al humor y con la anuencia social de la informalidad de género, se promueven escenarios de discriminación sobre ciertos colectivos sociales con recurrentes prácticas lingüísticas violentas y vejatorias.*

*La metodología seguida para este trabajo se centra en el análisis del discurso y en la identificación de varios repertorios interpretativos bajo los que los sujetos perfilan, articulan y estructuran su construcción de la realidad social mediante la práctica discursiva.*

**Palabras clave:** *humor, representaciones sociales, sexismo, repertorios interpretativos.*

**Abstract:** *Humour and its multiple discursive productions are elaborated, decoded and understood from a complex system of social representations on which stereotypes, prejudices and gender, race, religion and origin discrimination operate. In those (re-)productions, shared values and beliefs are maintained through agreed discourses. We find that in everyday life appealing to humour and the presence of the social consent of the informality gender, scenarios of discrimination are promoted against certain social groups with recurrent violent linguistic practices.*

*The methodology followed for this paper focuses on the analysis of discourse and the identification of various interpretative repertoires under which subjects shape, articulate and structure their construction of social reality through the discursive practice of humour.*

**Key words:** *humor, social representations, sexism, interpretative repertoires.*

## 1. Introducción

Para el abordaje de este artículo hemos tomado como punto de partida el constructo social y lingüístico de humor que surge en el devenir diario en todas las interacciones humanas y que puede ser fruto de equívocos, malentendidos, chanzas, juegos de palabras, ridiculizaciones o parodias (Cooper, 2005; Torres-Marín, et al. 2018, Choi y Lee, 2017). El humor, entendido como proceso social, propicia y permite el aprendizaje y la interiorización de valores, actitudes, creencias y comportamientos característicos de la sociedad en la que se gesta. Ello permite a los hablantes, en gran medida, desenvolverse exitosamente en su entorno social como parte integrada del mismo (Kang, et al. 2017; Franklin y Adams, 2011). Se puede llegar a decir que se da en el humor verbal un proceso por el que las personas aprenden y hacen suyas las pautas de comportamiento social, enriqueciendo los niveles de comunicación humana y adecuando la intervención al contexto en que se hallan (Mathew y Vijayalakshmi, 2017).

Entre las funciones y papeles relevantes que desempeña el humor en la vida social de las personas se hallan, por un lado, la de construir socialmente el mundo en el que viven, y por otro la de edificar identidades grupales, habitualmente basándose en estereotipos que se reafirman como tales al ser objetos de la chanza.

Es importante, además, no olvidar que en numerosos contextos socioculturales hay escenas en las que emerge el humor. Este, al ser considerado una producción intelectual espontánea que irrumpe sin guión, en ocasiones puede romper momentos de tensión de distinta naturaleza: social, política o sexual entre otros (Vetter y Gockel, 2014).

Si se aplica este prisma al caso de la figura de la mujer, a través del chiste se reconstruye un rol social de la mujer inicuo, microviolento y gestado en una estructura social asimétrica que, en muchos aspectos, mantiene vigentes ciertos usos y costumbres que limitan la autonomía y libertad de las mujeres en tanto que grupo. Así, se naturaliza su sometimiento e inadecuación al orden social, impidiendo su emancipación y, en último término, contribuyendo a mantener un alto grado de tolerancia a la ridiculización y discriminación contra ellas.

Entonces, la persona que apelando al humor emite el chiste se convierte en un actor social que recoge inevitablemente en su mensaje un contexto sociocultural compartido (Hall, 2013).

El chiste, entendido como un formato comprimido del humor verbal, proviene de una estrecha relación del individuo con su entorno social y

compartido. Además, como han demostrado Fraley y Aron (2004), provee un intercambio más cercano entre los individuos, lo cual puede dar lugar a un entorno de complicidad en el que chanzas de cualquier tipo sean admitidas. De hecho, aunque en muchas de esas situaciones el humor vaya de la mano de la discriminación verbal, la frivolidad del contexto resta importancia al acto discriminatorio.

Muchos de los chistes que circulan por los recorridos sociales, presentan un claro elemento sexista que debe denunciarse como un tipo de discriminación manifiesta. Esta práctica se asienta en un prejuicio que apela como razón de discriminación al hecho de ostentar un determinado sexo. Además, desde el uso del denominado sentido común, se interactúa con dichos prejuicios en numerosos escenarios sociales, consolidándose a la vez que se naturalizan.

El sexismo del chiste no arremete únicamente contra las mujeres, sino que existen otros colectivos, como el conocido LGTBI+, que también se ve vejado a causa de este género de humor. Esta investigación se centra en el humor sexista que tiene como objeto la figura de la mujer, que por el simple hecho de serlo ya es para algunos objeto de discriminación en muchos de los recorridos sociales que durante su vida lleva a cabo: el trabajo, la calle, la familia, la escuela...

Glick y Fiske (1997) diferencian en el sexismo dos naturalezas: la benevolente y la hostil. Estas dos variantes del sexismo que se articulan como microfísica del poder hegemónico, consideran a la mujer como un elemento aledaño o una figura referencial al hombre. El chiste, desde el foco de la psicología discursiva, se convierte en uno de los soportes intelectuales de lógicas que legitiman la estructura hegemónica por la que circulan manidos estereotipos y evidentes discriminaciones (Kress y Van Leeuwen, 2001). De esta forma, el chiste se convierte en un territorio lingüístico en el que se desarrollan formas específicas de hablar discriminatorio. Se puede decir que conforman micro-reductos de procesos de producción del sentir y del entender el mundo de los sujetos sociales.

Cabe añadir que actualmente existe un término específico para denunciar este tipo de discriminación y comportamiento sexista: el micro-machismo. Desde estos nuevos constructos lingüísticos se denuncia la evidencia de la estela y virtualidad de los micro-poderes y de la microfísica del poder (Foucault, 2010). Si su prefijación *micro* bien evoca a lo pequeño, no ha de entenderse que por pequeño es superfluo, sino que es difícil de aperebir. Por ende, un micro-machismo no es un acto discriminatorio de corto alcance y sin importancia, sino que es un acto

machista, que como cualquier otro parte de una estructura asimétrica de poder, pero que es especialmente difícil de detectar debido a su alto grado de cotidianidad en el contexto social en el que tiene lugar.

La sociedad postmoderna conserva aún una alta anuencia a este fenómeno y todavía consiente espacios como el chiste para perpetuar dicho sexismo. El hecho de que se les intente restar importancia, es tan sólo un síntoma de hasta qué punto la sociedad tiene interiorizadas muchas de esas prácticas e ideas sexistas (Brittan, 1989; Bonino, 1998).

Las últimas movilizaciones sociales de corte feminista reivindicando su derecho a la igualdad (salarial, económica, de derechos, de libertades) que se han sucedido en España, han supuesto un significativo punto de inflexión a la hora de replantearse desde los dispositivos sociales, académicos y jurídicos la necesidad de visibilizar la integridad, el valor social de la figura de la mujer y la defensa de su dignidad. Valores que, por otro lado, parecen diluirse en la cotidiana escucha del chiste sexista desde el que todavía se legitima y transita impunemente el descrédito de género (Brittan, 1989). Por ello la sociedad debe velar para que desaparezcan y dejen de ser tolerables esas creencias, actitudes, comportamientos y contenidos aparentemente inocuos que transitan por los chistes y fomentan ideas que deberían estar ya erradicadas de nuestros entornos sociales por el beneficio del discurso de la equidad (Bonino, 1997).

Desde la teoría de las representaciones sociales, se analizan y estudian símbolos, imágenes y creencias por medio de las cuales las personas interpretan y construyen el mundo en sus iteradas interacciones sociales (Doise, Clemence y Lorenzi-Cioldi, 1993). Los actores sociales en los encuentros diarios atribuyen significación a lo que les rodea y a partir de ellos construyen valores y creencias colectivas que constituyen las representaciones sociales (Jodelet, 1986). En tales interacciones suele irrumpir el chiste como forma de humor comprendido y compartido. Esta teoría de las representaciones posibilita analizar la elaboración del humor como una de las grandes construcciones sociales que circulan en los discursos y quehaceres intelectuales de los que se sirven los sujetos para elaborar interpretaciones de sí mismos y del mundo que los rodea (Moscovici, 1969 en: Mora, 2002: 7).

Es así que en muchas de estas representaciones sociales, al funcionar como modelos de pensamiento social consensuados (Jodelet, 1986), las mujeres suelen aparecer representadas como entes enjaulados en sus respectivos estereotipos y cosificaciones. Se les han achacado conductas

que las ha llevado a vivir al margen del sistema y a ser monitorizadas y escudriñadas por los dispositivos del control social (Di Giacomo, 1981).

Puesto que la transmisión y consolidación de las representaciones sociales es esencialmente a través del lenguaje, el prisma de la psicología discursiva nos es útil en la medida en la que pone el foco de atención en la realidad lingüística que las personas construyen a partir de sus interacciones.

De igual manera, en la corriente post-estructuralista se llega a afirmar que es el discurso un arma con la que se puede crear, fomentar y/o sostener la supremacía, jerarquía, hegemonía y la dominación de unos grupos frente a otros (Foucault, 1990).

Para esta investigación, partiendo de la premisa de que es el uso del lenguaje en sí mismo una práctica social (Orlandi, 2012) que puede articular, afectar y moldear la realidad en la que se encuentran insertos sus usuarios, utilizaremos como elementos metodológicos los criterios propuestos por Iñiguez y Antaki (1998) de representatividad y efectos discursivos, perfilando, por un lado, la relevancia de la participación en la interacción (Mills, 1997), y por otro, estudiando aquel conjunto de efectos supraindividuales que operan y que construyen nuevos significados y sentidos de la realidad en la que nos movemos.

Valiéndonos de una de las herramientas analíticas que aporta la psicología discursiva, la del análisis de los repertorios interpretativos (RRII) (Potter y Wetherell, 1987), recogeremos las unidades lingüísticas compuestas por los distintos elementos que los hablantes utilizan para la construcción de versiones de las acciones y los fenómenos que aparecen en el chiste. De esta manera, se podría decir que esos repertorios constituyen una caja de herramientas que se emplea a diario y constantemente por los agentes sociales en la construcción de explicaciones de los acontecimientos. Podrían ser entendidos, a su vez, como marcos prefijados o descripciones estandarizadas para imágenes culturalmente disponibles a partir de los cuales la gente puede construir relatos (Potter y Wetherell, 1987) y también, de manera más global, articular la comprensión del mundo que les rodea. Además, sirven de parámetros para poder legitimar y hacer efables los discursos estereotípicos e insertar, si cabe, algo novedoso en ellos.

Una vez explicado el marco teórico por el que pretendemos iniciar la presente investigación, planteamos las siguientes hipótesis: a) que el sexismo es un ingrediente contenido en los formatos de humor considerados chistes sobre sexos; b) que existe una anuencia social que propicia la pervivencia de ese ingrediente; y c) que el chiste sexista se

convierte en un micro-territorio de resistencia en el camino hacia la equidad de género.

## **2. Metodología**

El estudio que aquí se presenta es una investigación cualitativa. El valor de este tipo de metodología reside en que la investigación se orienta a la búsqueda de sentido y significado de un determinado objeto de estudio. Una vez se ha diseñado y programado el proceso cuidadosamente, el método permite acercarse al centro de la cuestión que se analiza, a través de la distinción y descripción de todos aquellos procesos que no aparecen a simple vista y que subyacen a la interpretación que los y las protagonistas intercambian con el equipo investigador. Para dicho análisis se han tenido en cuenta e incorporado las distintas visiones, actitudes y comportamientos que circulan en la sociedad así como el impacto diferenciado que un chiste puede tener sobre mujeres y hombres.

La teoría de los RRII puede ser el modelo teórico para analizar los discursos y quehaceres intelectuales, en definitiva, las representaciones sociales de las que se sirven los sujetos para elaborar interpretaciones de sí mismos y del mundo que lo rodea (Moscovici, 1979). Mediante el exhaustivo estudio de los repertorios se intenta desvelar qué es aquello que se designa como pensamiento social (construido desde la base de la vida cotidiana de las personas) y cómo éste ocupa una importante función en la estructuración de lo que de manera estandarizada se concibe y representa como mujer. Desde este prisma se puede observar y analizar cómo el género femenino es representado como ente pasivo al que se le imponen unos roles sociales que abordan las distintas dimensiones del ser, siempre desde una característica presunción de inmanencia: mujer, esposa, madre, hija...

La investigación se ha desarrollado en tres fases: identificación y selección de la muestra, recopilación y análisis final. Con miras a asegurar la calidad del proceso, los investigadores han realizado la interpretación de datos de forma inicialmente individual y posteriormente conjunta, donde se han compartido y contrastado las conclusiones obtenidas. De esta forma se ha tratado de evitar al máximo el sesgo personal para aportar fiabilidad al análisis.

La selección de la muestra de chistes se ha basado en cotidianas escuchas accidentales y búsquedas en medios masivos de comunicación como televisión, radio, diarios digitales y foros de internet, etc., con el fin

de que la información obtenida pueda representar con mayor fiabilidad la amplia realidad socio-histórica en la que nos hallamos. Estos ámbitos comunicativos, informativos y sociales representan una muestra heteróclita por la que circula libremente este breve formato humorístico.

Para el análisis de cómo esta sociedad construye discursivamente el colectivo femenino, hemos realizado la delimitación de la unidad de análisis que incluye una selección de chistes y momentos en la actualidad social de este país. Consideramos que el corpus documental a analizar debía ser abierto (Wetherell y Potter, 1987) y accesible, es por eso que está compuesto por distintos chistes que circulan por la vida social de las personas en el momento actual en el que vivimos.

Tras la recopilación de datos, queda un corpus final de 237 chistes de claro contenido sexista que vislumbran un trasfondo de pensar retrógrado y machista común a numerosos estratos de la sociedad española, un humor que en ocasiones puede ser doliente y altamente hostil para el colectivo de las mujeres.

Hay chistes sexistas y machistas de todo tipo, pero algunos de los más habituales y celebrados son los chistes de formato corto, chistes que en tan solo dos o tres líneas son capaces de hacer reír largo rato. También los hay más largos, chistes que cuentan toda una historia; los hay que son muy duros y otros más suaves; de colores, como por ejemplo verdes, negros, rosas o amarillos. Se puede decir que así como los Inuit, al estar en constante convivencia con el blanco, diferencian más de veinte tipos de lo que para nosotros se reduce a un solo color, nosotros hemos desarrollado la capacidad de clasificar en numerosos subgéneros este fenómeno con el que también convivimos.

### **3. Resultados**

Desde el prisma de la psicología social, adentrada en el análisis del lenguaje y estudiando cómo el influjo de lo dicho en el discurso incide en las actitudes y los comportamientos sociales con respecto al humor, se han detectado varios RRII. La alta tolerancia al chiste sexista que aún se observa en la sociedad actual española conlleva una extendida admisión en muchos de los contextos sociales en los que se emite: ascensores, colas de supermercado, sobremesas, charlas de café en la oficina o puesto de trabajo. De esta forma queda retratada una atmósfera en la que habitualmente tiene calado el chiste sexista.

Los RRII resultan muy útiles a la hora de entender y reconstruir el sentido de la acción humana. En ellos aparecen manidos tropos que forman parte de la vida cotidiana y que quedan permeados en un uso sexista que por su lexicalización, ni los sujetos ni la sociedad son conscientes de su uso: la maldita suegra, la neurótica, la amargada, la atractiva, etc.

En una lectura minuciosa y pormenorizada de los chistes seleccionados se pudo observar la conformación de cuatro perfilados y articulados RRII o patrones organizativos recurrentes en las prácticas discursivas de los sujetos, repertorios que se volvían esenciales a la hora de edificar y construir versiones de una realidad constante.

### **3.1 La mujer como inútil y menoscabada en sus capacidades físicas e intelectuales (mujer florero, rubia tonta, poco habilidosa, incompetente...)**

Ejemplo 1:

-¡Rubia! ¿Cómo va el atasco?

-¡No sé! ¡Voy la primera!

Ej. 2:

¿Qué hay detrás de una mujer inteligente?

Tres millones de hombres sorprendidos

Ej. 3:

-Cariño, estás preciosa.

-Dime algo que no sepa.

-Aparcar.

En estos ejemplos se recoge cómo estas prácticas actúan en el presente manteniendo y promoviendo estas injustificadas asimetrías intelectuales entre los géneros y sus relaciones. Se muestra en ellos el poder del lenguaje como una práctica “constituyente y regulativa” (Iñiguez y Antaki, 1994). Así los actores sociales adscritos a cualquier práctica elaboran representaciones de su propia práctica y simultáneamente producen representaciones de otras prácticas que tienen múltiples y diferentes soportes, entre otros, los discursos (Jodelet, 1986). En otras palabras, que toda práctica, aunque haya sido aprendida como tal, tiene una representación a nivel teórico. Se entrevé, pues, que la representación social construida de la mujer en el universo de conocimiento y de



opiniones que compartimos todavía presenta tintes de burla y menoscabo intelectual (James y Fox 2014).

En este repertorio, como los demás, nace y se justifica desde el seno de una lógica hegemónica que, estableciendo al hombre como el Uno, configura de manera referencial la existencia de la mujer como el Otro. El discurso hegemónico, entonces, sin evidencias significativas de que exista una diferencia entre las capacidades de los hombres y de las mujeres, ensalza el valor del Uno no por méritos propios sino por deméritos que injustificadamente se le atribuyen al Otro. Así se coarta la capacidad de las mujeres para definir su existencia desde sí mismas, arrojándolas a un mundo de formas de ser previamente establecidas que consolidan e inveteran un conservador sistema patriarcal. Entre algunas de esas formas de ser encontramos el ser más tonta, más interesada, más atrevida o maliciosamente más astuta (Fairclough, 1989).

### **3.2 Mujer objeto sexual o chivo expiatorio social (denigrada y ridiculizada en su condición humana)**

Desde el discurso y los repertorios que los hablantes reiteran inconscientemente se propicia el mantenimiento de una situación de anuencia a la violencia y desigualdad a través de algo tan estructural como el lenguaje y la narratividad hilarante del chiste. Se trata de una cuestión de poder, no hay nada extralingüístico que lo sustente (Bonino, 1995). Es más, aquella violencia y desigualdad que se da en los ámbitos que van más allá del lenguaje, están sustentadas por los discursos que las legitiman.

Ej. 4:

¿En qué se parecen una mujer y un paracaídas?  
En que si no se abren no sirven para nada.

Ej. 5:

¿En qué se parecen las mujeres a las nubes?  
En que cuando se van se queda un día estupendo.

A pesar de lo acostumbrados que estamos a estos micro-machismos y de que se les intente restar importancia, que existan es sólo un síntoma de hasta qué punto la sociedad tiene interiorizadas muchas ideas sexistas (Yip y Martin 2006). El intentar hacerlos irrelevantes, de hecho, puede comprenderse como un intento de pasar por alto una realidad dolorosa

como puede serlo el asumir que nuestra estructura de pensamiento está basada en unos principios discriminatorios y patriarcales.

En las movilizaciones feministas que se dieron en la tercera ola, el colectivo manifestante fue (y es) caracterizado por parte de la resistencia por una larga lista de insultos, ataques y prejuicios que se extendieron rápidamente por los medios audiovisuales y las redes sociales. Entonces surgieron términos como “feminazi” (habitualmente también objeto de chistes) para referirse a personas muy comprometidas con la causa feminista. Con este vocablo se busca denigrar no solo a la persona sino también al movimiento, comparando su radicalidad con la del partido Nazi del siglo pasado. Además, con esta palabra también se representa la figura de una mujer que pierde lo que desde el discurso atávico se entiende como atributos femeninos, es decir, ingenuidad y puerilidad que durante mucho tiempo ha sido característico de la “buena mujer”.

Este repertorio es tan recurrente que para un análisis más exhaustivo hemos visto la necesidad de hacer una subdivisión en función de la temática del chiste, en este caso, en función del personaje que es objeto de la chanza.

a) La suegra

Ej. 6:

¿Qué diferencia hay entre una suegra y un terrorista?  
Que con el terrorista se puede negociar.

b) La violencia explícita hacía la mujer como recurso necesario

Ej. 7:

¿En qué se parecen las mujeres a las pelotas de frontón?  
En que cuanto más fuerte les pegas, antes vuelven.

c) La mujer mandona

Ej. 8:

¿Cómo se llama la mujer que siempre sabe dónde está su marido?  
Viuda.

### 3.3 La mujer doméstica, la casa como geolocalización laboral femenina.

El tercer repertorio que recogemos gira en torno a la coordenada determinista de la mujer, la domesticidad. Este título remite a su vez a la contingencia de su producción material de atención a las labores del hogar.

La justificación de su calificación nace de la construcción del propio esquema mental compartido de la mujer, lo cual incluye un *self* y un rol determinados en un marco de referencia social que tradicionalmente le ha otorgado las labores de la casa de manera exclusiva. En este rol identificamos dos variabilidades y funciones que cumplen: 1) que el tiempo es un eje rotor que cobra centralidad en el repertorio, es decir, que se le exige a la representación de la mujer una rutina rigurosa de poco tiempo fuera de casa; y 2) que el *self* de la mujer se ve asociado a impagos estipulados puesto que por las labores de la casa no reciben salario, de tal manera que esa actividad es comprendida como altruismo sociofamiliar.

La metáfora lexicalizada *sus labores* que socioeconómicamente ha determinado la vida de la mujer en su clasificación laboral sigue vigente y circulando por el chiste. Parece que esa profesión, dura y constante, sin salario ni vacaciones, recoge el mayor cómputo de menosprecios a la hora de emitir un chiste.

Ej. 9:

¿Qué tienen las mujeres una vez al mes y le dura 3 o cuatro días?  
El sueldo del marido

Ej. 10:

¿Qué tienen en común un globo y una mujer?  
Que los globos tienden a subir y las mujeres suben a tender.

La identidad que construye la mujer remite al escenario de su identidad social (Abrić, 2001). El principio de identidad, saber quiénes somos y reconocernos a nosotros mismos depende de numerosos factores, pero uno de los principales en el escenario social es el trabajo (Blanch i Ribas, 2007; Dejours, 1988; Dessors, 1998; Sennett, 1998). La precariedad, la insolvencia y el desempleo desestabilizan esa lógica de la identidad e impide en muchas ocasiones a la mujer fortalecer la identidad social positiva y satisfactoria que todo sujeto persigue (Standing, 2011; Amable, 2009).

Determinar qué se entiende o concibe como identidad profesional de la mujer-ama de casa y sus acciones, es decir, la naturaleza de la profesión, educación y actuación debería intentar desvelar a qué refiere o qué es consensuado como identidad profesional que en primera acepción referiría al proceso cognitivo de carácter dinámico mediante el cual la mujer se auto identifica y define a sí misma en relación con un espacio de trabajo y un grupo o colectivo profesional de referencia, es decir, en términos de una labor, ocupación, oficio o profesión y respecto de aquellos que la ejercen y llegar a decir: soy esa profesional (Rey, 2009).

Las personas, por lo general, tratamos de cumplir con los mandatos de género lo más parecido posible a los cánones de la feminidad o la masculinidad normativas, según el caso, ante el miedo a ser rechazadas o no reconocidas por nuestro entorno.

Si analizamos el caso de la mujer con mayor detenimiento, entonces, nos daremos cuenta que a la figura de la mujer-ama de casa no le queda otra opción, si se basa en las representaciones dominantes, que la de concebirse a sí misma como un ser improductivo que, de alguna manera, le está devolviendo el favor a su marido (de ahí el carácter “altruista” de su trabajo). Es reseñable al respecto que la representación social construida de la mujer en los sistemas neoliberales, en mayoría de los casos viene asociada a la burla (James y Fox, 2014).

Esta elaborada identidad, lejos de ser una condición natural y anclada a una ontología de la diferencia laboral, resulta ser, por el contrario, una construcción social, una tecnología y también una experiencia que se constituye en tramas políticas, que está socialmente estructurada por normas y patrones que actúan como vectores de prácticas sociales dirigidas a su regulación (Foucault, 1990).

Esta división sexual arbitraria del trabajo, que aún adjudica a la mujer el espacio doméstico, está más bien naturalizada e inscrita, casi de manera axiomática, en las mentes de mujeres y varones. Esa figura tradicional de la mujer está hondamente sumida en una notable falta de recursos reivindicativos y, casi por defecto, en una deslegitimación social de su derecho a ejercer el poder autoafirmativo.

Cabe decir que hoy día puede afirmarse que está habiendo un importante vuelco en lo que respecta a las representaciones sociales de la mujer y que hay nuevas “opciones de ser” disponibles. Sin embargo, esta investigación apunta a que este género de humor, aunque a algunos no nos resulte gracioso, es inteligible, lo cual evidencia los restos de un acervo de ideología patriarcal en nuestros esquemas de pensamiento.

Por otro lado, nótese que si bien en el anterior apartado existía la figura de la “mujer mandona”, afanosa por tenerlo todo bajo control, esta vez, y casi constantemente en este género humorístico, es el hombre el que tiene sometida a la mujer. Si bien los casos son similares, hay una llamativa diferencia y es que, ante el mismo hecho, el hombre nunca queda en evidencia. Este fenómeno hace recordar al mecanismo de defensa de la proyección, a través del cual el sujeto atribuye a los otros aquello que le es doloroso reconocer en sí mismo.

### 3.4 La inconstancia de la mujer: *La donna è mobile*

Al remitir el concepto de identidad a la materialidad de la propiocepción que la persona realiza de sí misma en relación con un espacio social, profesional u ocupacional de referencia, surgen los primeros requiebros en la identidad objetual de la mujer (Weber, 1966). En otras palabras, que la identidad social de la mujer construida sobre un trasfondo de ideología tradicional y patriarcal deriva en una cosificación de la mujer como ente de segundo orden (para con el hombre). Se trataría de un largo y complejo proceso de construcción que comienza durante y se desarrolla en el contexto educativo y que en ocasiones culmina en la formación académica, que en el caso de muchas mujeres que integran el colectivo femenino, termina con la graduación de mujer objeto, florero, adorno, ornamento (Piña y Cuevas, 2004).

Este repertorio hace referencia a esa conocida figura de la mujer sobrepasada una emocionalidad desbordante e irracional en sus actos. En el registro coloquial es conocida como “la mujer histérica”.

Ej. 11:

-¿De qué signo es tu mujer?

-Debe ser de exclamación porque se pasa el día gritándome.

## 4. Discusión

La teoría de las representaciones sociales muestra y da a conocer cómo las actitudes pueden ser conservadas, mantenidas y perpetuadas de manera inintencionada, ya que muchas actúan a un nivel por debajo del umbral de la consciencia. Desde las páginas de la psicología social se demuestra que al presentar a sujetos sociales con evaluaciones negativas sobre posibles

circunstancias sociales, estos, consecuentemente, tenderán a adoptar una actitud negativa hacia esas circunstancias. No es de extrañar, entonces, que si se asume la ideología patriarcal dominante se acabe por legitimar una representación de la mujer menoscabada.

La psicología discursiva nos muestra que las lógicas lingüísticas del humor contienen territorios heterogéneos de micro-machismos que provocan malestar en el colectivo femenino y, que si este contenido ofensivo se evidencia, siempre existe la rémora de la hipersensibilidad social tras el expiatorio enunciado «chica, eres una exagerada».

Además, mediante la detección de RRII se observa cómo sobrepticiamente se adquieren identidades diferenciadas de género que conllevan estilos cognitivos, actitudinales y conductuales, códigos axiológicos y morales y normas estereotípicas de la conducta asignada a cada género.

A menudo tras los RRII se escudan ciertos enunciados que siendo machistas, homofóbicos y sexistas son declarados y calificados por sus emisores como “chistes”, categoría que habitualmente suele servir de disculpa y chivo expiatorio para el contenido ofensivo que encierra. Si queremos entender mejor las razones por las que la gente no está dispuesta a dejar de emitir chistes machistas, nos inclinamos a calificar semejantes situaciones como espacios de resistencia social hacia el cambio (del patriarcado a la equidad).

Dicho esto, los chistes despuntan como esos micro-territorios de resistencia en los que las actitudes generales previamente formadas son una barrera para la aceptación de las mujeres como sujetos con el mismo nivel de agencia social que los hombres.

Resulta dilemático el hecho de que la mayoría del espectro social acoge muchas de las nuevas ideas, creencias, valores y actitudes de corte feminista y que, no obstante, muchos caigan en la torpeza de emitir un chiste sexista (Billing et. al, 1998).

Plantearse las soluciones para este problema ocupa otro largo debate, y además, muy probablemente, las soluciones que se llegaran a proponer serían también a largo plazo. Mientras tanto, se siguen emitiendo este género de chistes y es la mujer el foco de atención y quien sufre un continuo menoscabo.

## 5. Conclusiones

Si bien los resultados de la investigación de los autores no son todo lo robustos frente a una investigación de corte cuantitativo, la intención ha

sido la de demostrar, cualitativamente, que lo verdaderamente sexista es quedarse anclados en un intercambio digno del más acérrimo machismo, cuando, aparentemente, una gran mayoría de la población está manifiestamente a favor del discurso de la equidad como se ha podido ver en las reivindicaciones a lo largo de los últimos años.

Los chistes sobre mujeres legitiman y se legitiman desde lógicas hegemónicas en el que la figura de mujer es socio-construida desde la atávica prejuiciación y discriminación. Así, los avances que ha conseguido el colectivo de mujeres desestabilizando el orden de las cosas reaparece en forma de maliciosa ironía en el chiste sexista.

Lo más cabal y equitativo sería, entonces, lograr derribar esas barreras actitudinales y abrirse a encuentros sociales no discriminatorios, vejatorios ni violentos contra ningún colectivo o grupo social.

Como agenda para futuros estudios sugerimos realizar investigaciones en diferentes sectores del humor: gráfico, oral, narrado, con el fin de identificar posibles analogías/diferencias en los conceptos de sexismo y/o discriminación de acuerdo con el contexto en el que se encuentran los discursos.

Para finalizar, los autores quisiéramos reseñar que el humor sexista, desde la perspectiva del género humorístico, puede que juegue un papel fundamental en el camino hacia una sociedad más justa e inclusiva. Este género de humor, gracias a determinados factores, entre los que se cuenta el auge del discurso feminista, ha pasado a calificarse como humor negro (casi como anagrama de género). Así pues, por consenso, puede propiciar que las futuras interacciones sociales se regulen de tal manera que los partidarios de dicho género humorístico acaben reconociéndose entre sí y creando un territorio de expresión en el que la tensión acumulada pueda liberarse lejos de la censora mirada del sentido común.

De esta forma, si se destapan las lógicas emergentes del asumido humor negro, estas pueden acabar cumpliendo la función de espejo veraz en el que se pueda reflejar y a su vez reconocer la sociedad en toda su crudeza, aportando a los sujetos un retrato fiable de las flagrantes y numerosas injusticias de sus estructuras de pensamiento más arraigadas.

## Referencias bibliográficas

- Abric, Jean-Claude (2001): *Prácticas y representaciones sociales*. México, Ediciones Coyoacán.
- Amable, Marcelo (2009): *La precariedad laboral y su impacto sobre la salud. Un estudio en trabajadores asalariados en España*. Barcelona, Universitat Pompeu Fabra.
- Billing, Michael, Condor Susan, Edwards Derek, Gane Mike, Middleton David y Radley Alan (Eds.) (1998): *Ideological Dilemmas: A Social Psychology of Everyday Thinking*. London, Sage.
- Blanch I Ribas, Josep María (2007): «Psicología social del trabajo», En Miguel Ángel Aguilar y Anne Reid (coords.), *Tratado de psicología social: perspectivas socioculturales*. Barcelona, Anthropos, págs. 201-204.
- Brittan, Arthur (1989): *Masculinity and power*. Oxford, Blackwell.
- Bonino, Luis (1991): «Varones y abuso doméstico», En Pedro Sanromán (coord.), *Salud mental y ley*. Madrid, AEN.
- Bonino, Luis (1995): «Los micromachismos en la vida conyugal», En Jorge Corsi (ed.), *Violencia masculina en la pareja*. Buenos Aires, Paidós.
- Bonino, Luis (1998): «Desconstruyendo la "normalidad" masculina», *Actualidad Psicológica*, vol. 254, págs. 25-27.
- Choi, Ara y Sook Lee (2017): «Effect of Temperament and Social Support on the School Adjustment of Adolescents: Mediating Effects of Positive Psychological Capital», *Family and Environment Research*, vol. 55, núm. 3, pág. 249.
- Cooper, Cecily (2005): «Just Joking Around? Employee Humor Expression As An Ingratious Behavior», *Academy of Management Review*, vol. 30, núm. 4, pág. 765.
- Dejours, Christophe (1988): «Trastornos mentales relacionados con el trabajo», En Raija Kalimo, Mostafa E. El-Batawi y Cary L. Cooper (Comps.), *Los factores psicosociales en el trabajo*. Bélgica, Organización Mundial de la Salud.
- Dessors, Dominique y Guiho-Bailly Marie-Pierre (1998): *Organización del trabajo y salud*. Buenos Aires, Ed. Lumen HVMANITAS.
- Di Giacomo, Jean Pierre (1981): «Teoría y métodos de análisis de las representaciones sociales», En Sabino Ayestarán y Darío Páez (eds.), *Ideología y representación social de la enfermedad mental*. Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, vol. 6, núm. 16.
- Doise, Willem, Clemence Alain y Lorenzi-Cioldi Fabio (1993): *The quantitative analysis of social representations*. London, Harvester Wheatsheaf.
- Fairclough, Norman (1989): *Language and power*. London: Longman.
- Foucault, Michel (2010): *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona, Paidós.



- Fraley, Barbara y Aron Arthur (2004): «The effect of a shared humorous experience on closeness in initial encounters», *Personal Relationships*, vol. 11, núm. 1, pág. 61.
- Franklin, Robert y Adams Reginald (2011): «The reward of a good joke: neural correlates of viewing dynamic displays of stand-up comedy», *Cognitive, Affective & Behavioral Neuroscience*, vol. 11, núm. 4, pág.508.
- Glick, Peter y Fiske Susan (1997): «Hostile and benevolent sexism: measuring ambivalent sexist attitudes toward women». *Psychology of Women Quarterly*, vol. 21, págs. 119-135.
- Hall, Jeffrey (2013): «Humor in Long-Term Romantic Relationships: The Association of General Humor Styles and Relationship-Specific Functions with Relationship Satisfaction», *Western Journal of Communication*, vol. 77, núm. 3, pág. 272
- Íñiguez-Rueda, Lupinicio y Antaki Charles (1994): «El análisis del discurso en Psicología social», *Boletín de psicología*, vol. 44, págs. 57-75.
- James, Lucy y Fox Claire Louise (2016): «Children's understanding of self-focused humor styles». *Europe's Journal of Psychology*, vol. 12, núm. 3, pág. 420.
- Jodelet, Denise (1986): «La representación social: fenómenos, concepto y teoría», En Serge Moscovici (dir.), *Psicología Social.Vol.2, Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona, Paidós.
- Kang, Sin-Hwa, Krum David, Khooshlahbeh Peter, Phan Thai, Chang Chien-Yen, Amir Ori y Lin Rebecca (2017): «Social influence of humor in virtual human counselor's self-disclosure», *Computer Animation and Virtual Worlds*, vol. 28, nº 3-4, pág. 763.
- Kress, Gunther y Van Leeuwen Theo (2001): *Multimodal discourse*. New York, Oxford University Press.
- Mathew, Hima Elisabeth, Vijayalakshmi Vasanti (2017): «Changing Definitions of Work and Play: Importance of Workplace Humour». *Psychological Studies*, vol. 62, núm. 1, pág. 12.
- Mora, Martín (2002): «La Teoría de las Representaciones Sociales de Serge Moscovici», *Revista Athenea Digital*, núm. 2.
- Moscovici, Serge (1961): *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires, Huemul.
- Orlandi, Eni (2012): *Análisis de discurso. Principios y procedimientos*. Santiago, Chile: LOM.
- Piña, Juan Manuel y Cuevas Yazmín (2004): «La teoría de las representaciones sociales. Su uso en la investigación educativa en México». *Perfiles Educativos*, 2004, vol. XXVI, núm. 106, págs. 102-124.
- Potter Jonathan y Wetherell Margaret (1987): *Discourse and social psychology: beyond attitudes and behavior*. London, Sage.
- Sennett, Richard (1998): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

- Standing, Guy (2011): *The Precariat: The New Dangerous Class*. London, Bloomsbury Academic.
- Torres-Marín, Jorge, Navarro-Carrillo Ginés y Carretero-Dios Hugo (2018): «Is the use of humor associated with anger management? The assessment of individual differences in humor styles in Spain», *Personality and Individual Differences*, vol.120, pág. 193.
- Vetter, Laura, Gockel Christine (2016): «Can't buy me laughter – Humour in organisational change», *Gruppe. Interaction. Organisation. Zeitschrift für Angewandte Organisationspsychologie (GIO)*, vol. 47, núm. 4, pág. 313.
- Weber, Jean-Paul (1966): *La Psicología del arte*. Buenos Aires, Paidós.
- Wetherell, Margaret y Potter Jonathan (1996): «El análisis del discurso y la identificación de los repertorios interpretativos». En Ángel Gordo y José Luis Lizana (Comps.). *Psicología, discursos y poder*, Madrid, Visor, pág. 63-78.